

MARTIN RIEPL



VIZCARRA

UNA HISTORIA DE TRAICIÓN Y LEALTAD

VIZCARRA

MARTIN RIEPL

VIZCARRA

UNA HISTORIA DE TRAICIÓN Y LEALTAD

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Vizcarra. Una historia de traición y lealtad
© 2019, Martin Riepl

Corrección: Teo Pinzás

Diseño de portada: Departamento de Diseño
de Editorial Planeta Perú

Fotografía de portada: GettyImages-1132266387

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar.
Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2019

Tiraje: 2500 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-54-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900604

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del
Perú N.º 2019-07137

Impreso en Quadgraphics
Av. Los Frutales No. 344, Ate-Vitarte
Lima 3, Perú

Lima – Perú, julio 2019

Todo poder es una conspiración permanente.

HONORÉ DE BALZAC

PRÓLOGO

*«¿Cómo va a dar él una entrevista para un libro?
Eso sería como avalar todo su contenido, y no
tenemos la menor idea de qué contenido es».*

Óscar Vásquez, el asesor de Comunicaciones del presidente Martín Vizcarra y parte de la llamada «Muralla Moqueguana», me responde así cuando le pido un encuentro con el jefe de Estado.

No insistí. Si la condición para conversar con él era someter el texto a su aprobación y aval, preferí descartarla. Este libro no busca ser una biografía con sello oficial ni tampoco un retrato amigable que pierda de vista una regla principal de nuestra profesión: frente al poder, siempre con distancia y sospecha. Quizá sea más urgente aun cuando el protagonista es el presidente peruano más popular del siglo XXI durante su primer año de gobierno. Su capacidad y necesidad de conectar con la gente le ha hecho tomar decisiones sorprendentes, como proponer acortar su propio mandato para que «se vayan todos».

¿Es un demócrata o un populista? ¿Traicionó a PPK para llegar a Palacio? ¿Quién es Martín Vizcarra?

Para los aplausos que inspira y la autoridad que tiene, Vizcarra es, de manera increíble, un personaje aún desconocido.

Podría decirse que el ascenso político del presidente tuvo escenas cercanas a una operación furtiva y, por momentos, hasta insólitas. Ahí está la sorpresiva fiesta infantil que lo obligó a ocultarse en un departamento de San Isidro junto a Keiko Fujimori para que nadie descubriera que se habían reunido de manera secreta; o también la furibunda denuncia pública que hizo el comunicador Phillip Butters sobre que «Vizcarra lo buscó porque quería que lo ayudara a vacar a Kuczynski». Aquí, por ejemplo, se juzgó y desestimó el mensaje por lo polémico e hiperbólico que resulta el mensajero, pero hay también una historia que vale la pena contar.

Tampoco podemos pasar por alto la relación, entre la amistad y la decepción, que Vizcarra mantuvo con Mercedes Aráoz. Este es quizá el hecho fundamental que gatilla su deseo de ser presidente.

A veces, repetimos que el carácter no se refleja por lo que decimos, sino por lo que hacemos, pero esta frase no es correcta. El carácter se define por lo que no podemos dejar de hacer.

Vizcarra. Una historia de traición y lealtad es un perfil del presidente y, a la vez, un mapa para entender sus motivaciones. Empieza cuando Martín Vizcarra era parte de la pandilla de Los Kalamazo en los barrios de su infancia, y termina con él dando un aventurado mensaje al país que amenaza con derrumbar a la misma oposición que lo llevó al poder. De alguna manera, su vida y su trayectoria ya prefiguraban ese momento.

¿A quién es leal el presidente?

Este libro es también un recuento de las frágiles lealtades que abundan y determinan nuestra política. Porque mientras

unos levantaban un dedo acusador contra Vizcarra, los hermanos Fujimori se apuñalaban públicamente, PPK traicionaba a sus electores en la víspera de Navidad y el vocero de Fuerza Popular se convertía, de pronto, en un adversario encarnizado de su antiguo partido.

Debo agradecer al medio centenar de entrevistados, entre Lima y Moquegua, que, desde su enorme cercanía, y otros desde una experiencia muy puntual pero significativa, dibujan cada uno un trazo que me pareció revelador en el perfil urgente del jefe de Estado. Entre ellos hay familiares y amigos, colegas y rivales, quienes lo quieren y quienes lo desprecian, aquellos que se mantienen a su lado y otros que prefirieron distanciarse.

Muchos de quienes aceptaron hablar conmigo me pidieron hacerlo *off the record*, y resulta comprensible porque este es el retrato de un hombre que se encuentra hoy en la máxima posición de poder en el país. Algunos de ellos trabajan aún en el Estado y son colaboradores cercanos del presidente. Otros aceptaron ser citados, y les agradezco de manera especial por prestarme sus voces y permitirme convertirlos también en personajes fundamentales de esta historia. Aunque he respetado el sentido de cada una de sus declaraciones, ninguna ha sido publicada sin antes ser contrastada con otras. Si algún testimonio, a pesar de que resultaba verosímil, dejaba alguna duda, he evidenciado esta circunstancia en el texto.

Vizcarra. Una historia de traición y lealtad llegó a imprenta sin que el presidente tuviera idea de su contenido. No es un libro que él avale, y resulta mejor así. Después de todo, en nuestro fuero interno, somos héroes de nuestra propia historia y, por eso, rara vez nos reconocemos en esa escala de grises de la que realmente está hecho el carácter humano.

I. LA BANDA PRESIDENCIAL

Cuando Grados ingresó a Palacio de Gobierno con unas tijeras en la mano y un carrete de tela bajo el brazo, le recorrió la espalda el ligero estremecimiento de quien espera ver un fantasma. Esa misma tarde llamaron de emergencia al pequeño taller de bordados que heredó de su abuelo en el Centro de Lima, para encargarle una misión urgente. Debía confeccionar una nueva banda presidencial. «Hazla lo más rápido que puedas», le dijo una voz inquieta al otro lado del teléfono. Era el 22 de marzo del 2018, y al país no lo gobernaba nadie. Pedro Pablo Kuczynski había renunciado un día antes a la presidencia de la República aplastado por acusaciones de corrupción, un Congreso obsesionado con vacarlo, y la certeza de haber sido traicionado.

Para su último mensaje televisado, Kuczynski, de setenta y nueve años, escogió cuidadosamente las palabras con las que quería despedirse: injusticia, artimaña, ataque y demolición. Eligió también sentarse bajo un cuadro de Miguel Grau, el mayor héroe peruano. Quería envolver su dimisión en el manto del sacrificio máximo, como si hubiera caído cañoneado por fuerzas muy superiores a la suya en defensa de la patria. Para PPK, como se le conoce popularmente, la presidencia apenas

había durado diecinueve meses de los cinco años para los que fue elegido en el 2016. Mientras leía frente a las cámaras, sus ministros lo escoltaban, de pie, con la apariencia de generales vencidos tras una guerra larga y desgastante. Para todos los que estaban en aquella sala, sin embargo, resultaba evidente que faltaba alguien en esa última fotografía de la derrota: el primer vicepresidente de la República, Martín Vizcarra. El hombre al que Grados debía confeccionarle la nueva banda presidencial. ¿Por qué lo habían llamado a Palacio de Gobierno para tomarle las medidas, si todo el mundo sabía que Vizcarra no estaba en el país?, se preguntó Grados mientras lo conducían a través de un pasillo recubierto de mármol, a pocos metros del salón en donde Kuczynski había renunciado.

A esa misma hora, a seis mil kilómetros de distancia, Martín Vizcarra esperaba en la sala de embarque del aeropuerto de Toronto la salida del vuelo AC1946 de Air Canada con destino a ser el próximo presidente del Perú. Seis meses antes, y pese a no hablar inglés, Vizcarra había elegido irse como embajador al extremo norte del planeta, en lo que resultó ser un engañoso exilio político. Según reportes de la Dirección Nacional de Inteligencia que le alcanzaron a Kuczynski, el vicepresidente mantuvo comunicación telefónica y se reunió personalmente con algunos de quienes conspiraban contra él durante los días previos a su renuncia. A Kuczynski, sin embargo, Vizcarra no le contestaba el teléfono. Durante sus últimos días en Palacio, el presidente le preguntaba con fastidio a su jefe de inteligencia: «¿Qué sabes de Martín?». Nadie sabía.

Ahora, a punto de abordar un avión de retorno, el teléfono del embajador peruano en Canadá comenzó a vibrar nuevamente, aunque esta vez los mensajes que llegaban eran de felicitación

y no de reclamo. No solo se iba a convertir en presidente, aquel mismo día cumplía cincuenta y cinco años.

Podría haberse dicho que la opinión pública aguardaba con entusiasmo el regreso de Vizcarra al Perú. Hasta hubo alguien que decoró un pastel de cumpleaños para llevar al aeropuerto, en un gesto que pudo haber sido calculado, pero que sin esfuerzo pasaba por sincero. Sin embargo, antes que emocionados, era más preciso admitir que los peruanos necesitaban con desesperación creer en alguien. La más reciente encuesta de opinión pública, desarrollada a nivel nacional por la empresa Ipsos, reflejó que la gestión que acababa de caer apenas era apoyada por el 17 % de la población, mientras que el Congreso raspaba el 14 %. El estudio también tenía otro dato revelador: ocho de cada diez peruanos no tenía idea de cómo se llamaba el primer vicepresidente de la República. La expectativa por Vizcarra era, en realidad, un intento angustiado de aferrarse al beneficio de la duda. En un país en donde todos los expresidentes vivos estaban hundidos en sentencias o procesos por corrupción, el primer vicepresidente, pese a tener sus propios cuestionamientos, parecía un lienzo en blanco sobre el que los ciudadanos estaban ansiosos por dibujar al estadista honesto que creían merecer. Quizá por eso, al inicio de su gestión, la mayoría decidió mirar hacia otro lado a pesar de que los agujoneaba una pregunta fundamental sobre el carácter del nuevo gobernante: ¿traicionó Martín Vizcarra a su propio presidente?

Grados caminaba en silencio entre cuadros de héroes y bustos de bronce flanqueado por el agente de seguridad. Con los siglos, las paredes, escaleras y vitrales han cambiado, pero el suelo limoso en el que están enterrados los cimientos de Palacio es el mismo sobre el que se han regado golpes de Estado, intrigas

y traiciones desde que existe el Perú. Esta tarde de marzo se respiraba en el ambiente una sensación extraña. Era distinta, pero a la vez, antigua y familiar. Y es que el poder, al igual que la materia, nunca se destruye, solo se transforma. O se transfiere.

Durante los meses que frecuentó Palacio de Gobierno en la función de ministro de transportes y de primer vicepresidente de la República, Martín Vizcarra parecía moverse como un fantasma. No son pocos los ministros que entonces compartieron con él las largas sesiones del consejo quienes lo recuerdan con la vaguedad con la que se recuerda una sombra. A pedido del propio presidente Kuczynski, Vizcarra se solía sentar a su lado. «Mi brazo izquierdo», decía a veces para referirse a él de manera familiar. Pero incluso desde ese asiento privilegiado, Vizcarra apenas dejaba escuchar su voz grave, como de locutor radial de música del recuerdo. «Me senté cerca de él por casi un año, y me parece que habló solo un puñado de veces», dice uno de los ministros que compartió la larga mesa en donde el Poder Ejecutivo define el rumbo del país. Incluso había momentos en los que el vicepresidente empujaba lentamente su silla hacia atrás y se detenía casi rozando la pared, un lugar que estaba reservado para los asesores. Desde ahí, observaba. Quienes crecieron con él en Moquegua, la segunda región menos poblada del país y la tercera más pequeña, dicen que Martín Vizcarra desconfía, escucha mucho y habla poco. Y en esos consejos de ministros, él prefería el silencio.

Tampoco había mucho de qué hablar en Palacio de Gobierno el 22 de marzo del 2018, tras la renuncia forzada de Kuczynski. No era necesario decir nada para saber que, aunque el vicepresidente asumiría el mando de manera constitucional, las cosas cambiarían tan radicalmente como si una división de blindados

hubiera derribado las rejas de la entrada principal para ejecutar un golpe de Estado. En el despacho presidencial ningún funcionario esperaba sobrevivir en su cargo. Tampoco en el ala derecha del edificio, si es que vemos Palacio desde la plaza de armas. Ahí opera la Presidencia del Consejo de Ministros (PCM), y para todos estaba claro que Martín Vizcarra no conservaría a Mercedes Aráoz como jefa de su gabinete. El rostro de Aráoz, de pie detrás de Kuczynski en el video de su renuncia, reflejaba bien la decepción y rabia que entonces resumían su relación con Vizcarra. Habían sido muy cercanos, a pesar de que ella postuló a regañadientes como la segunda vicepresidenta de la República, cuando le habían ofrecido ser la primera en la línea de sucesión al mando. (Debió esperar hasta setiembre del 2017 para sentirse recompensaba). Aráoz fue nombrada presidenta del Consejo de Ministros por Pedro Pablo Kuczynski y se convirtió así en la coordinadora de las decisiones de gobierno más importantes del Estado. Ese mismo mes, Vizcarra fue enviado como embajador a Canadá, una distancia que, en apariencia, lo hacía intrascendente en la política nacional. A su regreso, cuando asumió como nuevo jefe de Estado, Martín Vizcarra no solo removería a Aráoz del cargo como una de sus primeras medidas, sino que nombraría en su lugar a la persona que promovió el derrumbe de la gestión de PPK.

A un extremo del pasillo, el agente hizo un ademán para que Grados ingresase a través de una pequeña puerta. Del otro lado lo esperaba un tipo alto y delgado como la columna de una casa pequeña. No lo había visto en su vida, pero era consciente de que sin él jamás tendría a tiempo la banda presidencial.

A diferencia de lo que se cree, aunque la entrega de esa cinta de tela roja y blanca es el acto más emblemático de la asunción de mando, en realidad, ningún presidente devuelve la suya para dársela al siguiente. Es un asunto de medidas. Alan García cambió tres veces el tamaño de su banda durante los cinco años de su segunda gestión porque le fue quedando pequeña. Sus hijos llevaron una de ellas a su entierro. Ollanta Humala, más delgado y menudo, le ahorró a Grados, varios centímetros de tela que luego debió utilizar al confeccionar la del espigado Pedro Pablo Kuczynski. Esta tarde lo habían llamado de emergencia a Palacio para que le tomase las medidas a ese funcionario desconocido y pudiese confeccionar así la banda del nuevo presidente. Le aseguraron que ese tipo anónimo tenía, más o menos, el tamaño y textura de Martín Vizcarra. De alguna manera, esa escena recordaba la antigua fábula del rey desnudo, solo que al revés. Todos podían ver el traje, pero el hombre que sería presidente, era todavía invisible.

¿Quién es Martín Vizcarra?, resulta una pregunta tan urgente como contradictoria pues, a pesar de la parquedad del político, durante sus primeros doce meses de gestión se convirtió en el jefe de Estado peruano más popular del siglo XXI, promovió una amplia reforma constitucional, se enfrentó al Congreso para quebrar a la principal fuerza opositora y puso en marcha cambios profundos en el sistema de justicia que trascenderán su gestión y probablemente se conviertan en su principal legado. Pese a esto, apenas se sabe de Vizcarra más allá de los rumores acerca de su papel en la concesión de un aeropuerto o de los ecos lejanos de su gestión como gobernador de la pequeña región de Moquegua. Y también, claro, la sospecha de que es un traidor.

«Creo que una de las características de las personas que nunca se debe de perder es el principio de lealtad. Lealtad que

yo tengo con el presidente de la República», declaró Martín Vizcarra a los periodistas que lo esperaban a las puertas de su casa, en diciembre del 2017. Tres meses después, él se convertiría en el jefe de Estado y Kuczynski enfrentaría un proceso que lo tendría entre la prisión, la unidad de cuidados intensivos y el arresto domiciliario.

¿Complotó Vizcarra contra su propio presidente? ¿Buscó de manera desesperada el apoyo del fujimorismo al que luego pondría contra las cuerdas? ¿Cómo llegó a Palacio de Gobierno?

Si al inicio de su gestión los peruanos preferimos mirar hacia otro lado para no enfrentar esas preguntas, llegó el momento de hacerlo. Hoy se acabó el beneficio de la duda.